

Los zuavos llegan á los fosos, descienden á las contra-escarpas; las bombas que se hallaban bajo el césped, hacen explosión, los atrevidos soldados de la Francia, vuelan en pedazos, y la vanguardia de la columna desaparece.

Aquella masa retrocede acribillada; Smith, el valiente Smith, cuyo valor va hasta la temeridad, se lanza con los cuerpos de Guanajuato fuera de parapetos, lo siguen las infanterías de Río Seco y un batallón de Puebla al mando del coronel Juan Ramírez, y apoyados por el flanco izquierdo del fuerte, por los derodados cuerpos de riferos de San Luis, con Salazar y Hernández á la cabeza, y por Auza al mando del 3.º, 4.º y 5.º de Zacatecas, se precipitan en la llanura á la balloneta, y arrollan por completo al enemigo y lo arrojan más allá del *glasis* del fuerte, dejando un reguero de cadáveres hasta los bordes del camino cubierto, frente á la tercera paralela.

El campo quedó en silencio.

Así terminó aquella sangrienta jornada, página de oro en los anales del sitio; acaso hayamos olvidado algunos ombres y algunos hechos, pero la historia recogerá siempre con más escrupulosidad que nosotros, las escenas gloriosas de esa epopeya.

CAPITULO V.

DE COMO EL ALMA DE UNA MUJER TIENE MUCHO DEL ESPIRITU DE UN ANGEL.

I.

El estudiante sacó á Doña Blanca de la Penitenciaría donde el riesgo era inminente, y delirante y perdida la condujo á la casa del Sr. Mons, llevola á su aposento, donde la dejó para que entrase en calma.

Doña Blanca se arrojó en un sillón desesperada, su pensamiento, á fuerza de seguir girando en un mundo abstracto, se fué encarrilando y acabó por recobrar su curso ordinario.

La infeliz joven echó de ver el desorden de sus vestidos, sintió su cabello azotar su frente, volvió su faz hacia el espejo, contempló su rostro y se estremeció al ver la impresión profunda, la variación espantosa que había sufrido en tan pocas horas.

Levantóse azorada como si dejase la sepultura y volviese

de aquel silencio á la luz de la existencia, temió seriamente por su razón exaltada, y al pensar que podía perder el juicio en uno de aquellos terribles accesos, se estremeció de espanto.

Cuando el alma está en esas crisis de amargura en que el vértigo y una alucinación dolorosa puede causar hasta la muerte, entonces se busca un corazón que armonice con nuestra angustia, que nos auxilie en los instantes supremos de aflicción y nos preste el rocío de sus lágrimas y aliento vital de sus palpitaciones.

Doña Blanca estaba sola, veía en su torno á seres á quienes habia ofendido y de quienes no podía alcanzar sino el perdón.

Sintió necesidad de llorar, porque el torrente de sus lágrimas la ahogaba, y su pecho no alcanzaba la respiración.

Dirigióse á la puerta, se puso á escuchar y percibió que el estudiante se paseaba por los corredores, entonces avanzó algunos pasos y habló á Mondoñedo.

El estudiante, á quien siempre impresionaba el timbre de aquel acento, se volvió inmediatamente.

—¿Qué me querías señora?

—Os suplico que me llaméis á Eloisa, decidla que la necesito.

—Está bien, replicó Mondoñedo. Y se dirigió inmediatamente á la estancia de la señorita Mons.

Eloisa no había hecho saber á Doña Blanca que poseía su secreto, guardó en el fondo de su alma el terrible desengaño, y veló bajo una apacible sonrisa la amarga hiel de sus infortunios.

La pobre Eloisa había despedido sus ilusiones, como el invierno con sus cierzos á las golondrinas.

De aquel amor no quedaba ya más que un recuerdo vago, la sombra de una memoria que se va desvaneciendo como las nieblas á los rayos del sol.

Habiendo amado con pasión, pero al recordar los horribles crímenes confesados por el mismo labio del conde, se había horrorizado, y por instinto separado de aquella alma siniestra suspendida en el abismo sin fondo de la desgracia.

La joven, cuyo candor y virtud no podía contrariarse con la ponzoña de un aliento envenenado, se plegaban como las hojas de la sensitiva, y huyeron al contacto impuro de aquel corazón ennegrecido por el extravío y el crimen.

El alma de la joven se alzaba digna, heroica, condenando su amor, despedazando sus creencias, anatematizando su *ayer* y evocando sublime el porvenir en medio de su martirio.

¡Cuántos sufrimientos! ¡cuántas angustias traía consigo esa resolución arrancada al más terrible de los destinos!

Sufrir, llorar, revolverse en el lecho espantoso del tormento, he aquí la predestinación humana!

La filosofía acude cuando el dolor se ha mitigado; pero ella no hace sino presentarnos desnudas las miserias de la vida, paralizar los latidos del corazón, apagar los relámpagos del cerebro, que son las ilusiones de la existencia; entonces el alma alza los ojos al cielo en pos de ese mundo que se agita allende el azulado cristal de los cielos, y llama á Dios con la exalación de su espíritu y con el vapor ardiente de sus lágrimas!

II.

La señorita Mons penetró indecisa en la estancia de Doña Blanca, la vió tan abatida y profundamente desconsolada, que se acercó, y tomándole una mano, la dijo con ternura:

—¿Qué tenéis, amiga mía?

—¡Eloísa, yo me muerol

—Contadme vuestras penas, hace algunos días que me ha sido imposible el veros; perdonadme, pero á mi vez he sufrido algo con un negocio de familia, que no he podido ni aun revelaros mis padecimientos.

—¿Vos sufrís también?

—También, amiga mía, respondió la señorita Mons con una expresión de concentrada amargura.

Sois un ángel, Eloísa, en vuestra frente aun no pasan los huracanes de la desdicha, vuestro labio no se ha puesto trémulo con el llanto, ni vuestros ojos se han enturbiado con ese jugo amargo de los infortunios.

—Es verdad, pero mi corazón está lacerado y acaso para siempre.

—No, no desconfiéis, dijo Doña Blanca, vuestro espíritu se alzarán radiante como el sol después de la tempestad, tornarán al campo de vuestras ilusiones las flores de una nueva primavera, y el perfume siempre constante sobre el corazón virgen y lleno de virtudes, embalsamará las serenas horas de nuestra existencia.

—He perdido la esperanza.

—Pronto la recobraréis, vos no habéis nacido para la desgracia; mi ser, Eloísa Mons, está predestinado para las grandes vicisitudes.

—No os comprendo, Amalia.

—Oídme, yo tengo un gran secreto que revelaros, y..... vos no me negaréis el perdón.

—Es singular vuestro lenguaje, amiga mía.

—No lo será cuando sepáis todo el mal que os he hecho.

—¿Todo el mal?

—Sí, yo os he ofendido sin conoceros, y después resbaló mi planta por el mismo camino,

—No os comprendo, Amalia, habládme con más claridad.

Doña Blanca se acercó á la joven, tomó entre las suyas la mano de Eloísa, y dijo con un timbre de dolor espantoso:

—Pertenezco á una de las más nobles familias de España, y en mis venas corre su sangre: soy hija de Carlos Isidoro de Borbón.

Eloísa ya sabía el secreto de Doña Blanca, pero la actitud de la condesa la interesó vivamente y se quedó mirando de hito en hito á la Montemolín.

—Hija bastarda de un rey, prosiguió la joven sacudiendo su frente donde se marcaban los tintes del rubor, no he temblado ante la más árdua de las empresas; en los campos de América debo encontrar mi legitimidad, y acudo á ellos con la fé del que lucha por una causa sagrada.

—¿Y bien, señora? preguntó Eloísa.

—Mañana puedo pisar los escaños de un trono; pero mi planta resbalará con la sangre de los mexicanosesto es terrible para el corazón que rechaza por instinto el crimen: pero no he sido yo, señora, ni mi familia, los autores de este proyecto; á la sombra de una bandera buscamos lo que nos dió la conquista en otro siglo. Don Juan de Borbón es el candidato para la monarquía, y yo oigo su nombre entre ese fuego continuo que como una tormenta se ha estacionado en el cielo de la ciudad; he aquí, señora, el secreto de mi ambición.

—Yo nada sé, señora, dijo Eloísa, pero lo que pasa me tiene horrorizado.

—Yo tengo, repuso Doña Blanca, que cerrar mis ojos y llevar mis manos á los codos, pues el lamento de las víctimas me estremece y acobarda; Dios acaso me pone delante el precio de mis aspiraciones, para que retroceda y maldiga la idea que arrastra en su pos un torrente de sangre y una larga serie de cadáveres que vuelven hacia mí sus miradas torvas y sombrías pidiéndome cuenta de su martirio. Sí, Eloísa, yo tiemblo ante un espectáculo tan terrible, y deseara atravesar con las alas del ave esta inmensidad y posarme en las playas natales, de donde plugiera á Dios no hubiera salido nunca!

La condesa se echó á llorar con desesperación.

—Calmaos, señora, dijo Eloísa, calmaos en nombre del cielo.

—He aquí, prosiguió Doña Blanca, el lado risueño de mi existencia, he aquí el jardín encantado de mis esperanzas!

Había tanta amargura en ese sarcasmo, que Eloísa se estremeció.

—Eloísa, vais á saber ahora el eslabón acerado que une nuestras almas al través del silencio.

—Ya os escucho, señora.

—En el camino de mi existencia, prosiguió la aventurera, encontré á un hombre de quien oí el relato de su vida. Elevado al romanticismo, mi cerebro se forjó un héroe y cuando lo conocí me arrastró hacia él, la imaginación más bien que un rasgo de simpatía.

Eloisa comenzó á ponerse densamente lívida y su labio á temblar como si estuviese próximo á estallar su llanto.

—Le ví en medio del Océano, bajo la bóveda estrellada de los cielos, oí un acento, que entonaba un cántico marino saludando las olas que azotaban los costados del buque; lo ví alzarse sobre el cristal de las aguas dominando con su actitud desdeñosa el peligro, y sentí que le amaba.

La señorita Mons inclinó su frente y comenzó á llorar en silencio.

—Ese hombre, continuó la condesa, me engañó como un miserable.

—Todo, todo lo sé, dijo balbuciente Eloisa.

—Sí continuó la condesa alentándose terrible, me creía una mujer del pueblo, y cambié mis amores por los vuestros: ese hombre ha encadenado la fortuna, el ángel acudía á su llamado, porque voz también le amáis, ¿no es verdad?

—Señora, yo desprecio al conde, sus manos están enpapadas en sangre, su corazón está manchado, y mi amor se ha tornado en arrepentimiento, en arrepentimiento profundo..... lo he olvidado para siempre!

—Eloisa, gritó la condesa, vuestra virtud me humilla, ¡miradme á vuestros pies arrodillada!

—Alzad, señora, en mí encontraréis siempre á la amiga.

—Yo necesito que me tendais vuestra mano, que enjugueis este llanto de desolación que va secando el tallo de mi vida, que tengáis compasión de mi juventud!

—Sin conoceros os había perdonado, y cuando he sabido los extravíos espantosos de ese hombre, que en mala hora dirigió hacia mí sus miradas, os he compadecido, porque ese corazón depravado nunca se hubiera puesto á la altura de vuestro amor.

—¡Es verdad, es verdad!

—Quien ha derramado la sangre por satisfacer una ambición innoble, una aspiración monstruosa desdeñaría el cariño sublime de una mujer, porque á esas almas encenegadas en el vicio las inquieta todo lo bueno y generoso, no comprenden sino esos sentimientos groseros que los lanzan al vértigo del mundo entre el aplauso de la sociedad.

—Sí, sí, yo también me he sentido arrebatado por esa corriente impetuosa: he cedido á la influencia magnética de ese hombre.

Dios me ha apartado de la senda fatal en los momentos en que mi porvenir iba á decidirse; Dios no lo ha querido, seño-

ra, y yo vuelvo á la calma de mis primeros días; vuelvo desgraciada, es verdad, pero viviré tranquila y mis lágrimas se orearán con el vuelo del tiempo.

—Vuestro porvenir es claro como la luz del horizonte, mientras que el mío se envuelve en una noche sin término.

—Aun es tiempo, señora.

—Yo no puedo retroceder, ya estoy lanzada en la pendiente de este abismo, y caigo, caigo irremisiblemente; ese es mi destino y yo obedezco!

—Adjurad de esas ambiciones, renunaciad á vuestras esperanzas, y la calma renacerá en vuestro corazón; vuestra alma os abandona, cede al sentimiento de vuestro ser, y acabaréis por enfermar vuestro espíritu en esa lucha terrible.

—Si Eloisa, yo me siento desfallecer ante la razón, entrar en el mundo del extravío y de la muerte!

—¡Callad, por compasión!

—Mis vigiliias se prolongan, el sueño ha huido de mis párpados, y las visiones acuden á mi cerebro; las veo, las palpo, les hablo, y responden y mi voz me despierta de esa alucinación mental que tanto me asusta y horroriza.

—Entrad en calma.

—Esta agitación mortal acabará por volverme loca!..... mis nervios desfallecen, mi aliento mengua, y me siento languidecer y.....morir!

—Esto es superior á mis fuerzas, murmuró Eloisa.

—Hoy habrá un fantasma de menos en mis sueños: antes os veía llegar á pedirme cuenta de vuestro amor burlado.

—Sí, yo os perdono con todo mi corazón, quiero ser vuestra hermana, no separarme de vos un sólo instante, ampararos en vuestra soledad; sí, Doña Blanca, de hoy más viviré en vuestra estancia, y ya no os acosarán esas pesadillas que tanto os impresionan, porque me tendréis á vuestro lado; cuando sufráis esos accesos de aflicción, entonces oraremos, sí, oraremos para que Dios se duela de vuestras angustias.

—¡Orar!.....¡orar!.....la elevación del espíritu á su Creador: sí, yo lo necesito como el rocío del alma, como el respiro á mi corazón apesorado, porque sufro intensamente. Eloisa, no tengo un sólo momento de calma. En este mismo instante, en que tanto bien me habéis hecho, siento el corazón aprisionado bajo el peso de mis memorias y de mi situación: comienzo ya á tener miedo, todo me causa pavor, mi sombra me hace estremecer, el silencio me acobarda, y ese continuo estallido de los proyectiles que caen sobre la plaza me hace temblar.....Yo no sabía lo terrible de la guerra, no comprendía sus formidables estragos, y un azoramiento nervioso ataca desapiadado todo mi ser.....ya, ya comienzan á llegar los fantasmas ensangrentados.....se acercan.....me miran.....me tocan.....compasión!.....

—No es nada, amiga mía, es vuestra imaginación solamente.

—No, es la realidad, ellos me hablan,.....preguntan por sus padres..... por sus hijos.....por sus esposas.....No, yo no quiero verlos, nada hay de común entre nosotros, vuestra sangre me horroriza.....huid.....huid.....ese eco de la artillería me alarma, me revienta el tímpano de los oídosel humo de la pólvora me ahoga yo muerol.....

Doña Blanca se desplomó en el suelo dando un alarido horrible.

III.

El estudiante Mondoñedo escuchó el grito terrible de la Condesa y acudió violentamente.

La señorita Mons atendía á la desgraciada joven, que fuera de sentido había entrado en un desmayo.

—¿Qué pasa, señorita?

—Callad Mondoñedo estoy horrorizada.

El estudiante salpicó con agua el rostro de Doña Blanca.

—Ya vuelve, dijo Eloisa.

La condesa levantó la cabeza y buscó la mirada de Eloisa.

—Aquí estoy, dijo la señorita Mons, volved en vos, estais entre vuestros amigos, nada temais.

—He tenido una pesadilla espantosa.

—Todo ha pasado ya.

—No os separeis de mí por compasión!

—Ya os he dicho que desde este momento quedo instalada aquí.

—Gracias, Eloisa, sois un ángel.

—Señora, dijo el estudiante, descansad, el sueño puede aliviaros algún tanto, adiós!

—Adiós! murmuró la Condesa.

Eloisa tendió su mano al estudiante, que la estrechó suavemente, y salió del aposento impresionado con aquel espectáculo.

—El sueño huye de mis párpados, habládme, vuestra voz es el acento de los serafines, dijo la Montemolín.

—Venid, dijo Eloisa, aquí hay una imagen, hablemos con ella.

Doña Blanca y Eloisa se postraron frente á la imagen de la virgen, y con ese asento apagado que sube en alas de un ángel invisible; levantaron al cielo una plegaria, eco de honda aflicción en los tribunales de la vida humana, evaporación misteriosa del espíritu que busca el consuelo fuera de la pesada

atmósfera de esta existencia miserable, y desprendida del sagrario del alma, cae en lluvia apasible sobre esas heridas que abre á nuestro seno la mano inflexible de la fatalidad!

CAPITULO VI.

LA TOMA DEL FUERTE DE SAN JAVIER.

I.

El día 27 la Ambulancia recogía los cadáveres del enemigo que yacían en los fosos y glasis del fuerte. La plaza de San Javier estaba desierta: sólo se veían los restos ensangrentados del combate.

El cuadro variaba de aspecto en el interior de la Penitenciaría, allí todo era vida y actividad, la defensa estaba muy adelantada, el piso de los patios ocultaba multitud de minas.

Los corredores de la parte baja del edificio estaban cerrados por fuertes parapetos contruidos con sacos á tierra y en ellos piezas de montaña.

Los heroicos batallones de Guanajuato, Puebla y Morelia, se mantenían firmes y dispuestos á disputar al extranjero aquellos escombros salpicados con la sangre de sus hermanos.

El general dispuso que los cuatros tenientes coroneles, Smith, Sánchez Ochoa, Montesinos y Rosado, defendiesen hasta el último trance la Penitenciaría.

Auza, el bravo zacatecano cuyo nombre debía inmortalizarse en los momentos supremos de la lucha, defienden las redientes de Morelos y manzanas adyacentes.

Rifleros, Mixto de Querétaro y Reforma á las órdenes de Río-Seco, defendían las manzanas que circunvalaban la retaguardia de San Javier.

Arrasado el fuerte, la artillería enemiga convergió sobre sus flancos haciendo terribles estragos en los redientes de Morelos, el Carmen y Plaza de toros.

La brecha para llegar al interior de San Javier estaba practicada hasta el segundo patio interior de aquel edificio formidable: se veía una grande obra al través de las ruinas, que espantaba.

La ciudad se artillaba á gran prisa, y todo auguraba una resistencia terrible y sin cuartel.

Los batallones de Puebla, llenos de ese indomable valor que parece una herencia de sus antepasados, aguardaban impasibles el instante de morir matando.

Negrete, á la cabeza de sus tropas y lleno de una indignación sombría, ansiaba la revancha, y la buscaría á todo trance.

El día 28 el fuego de brecha era incensante sobre el fuerte y la ciudad: era la víspera de ese día sangriento y memorable, que la historia declara ser una de las páginas más gloriosas del heroísmo nacional, en la lucha de su independencia.

II.

El sol del 29 de Marzo no era el sol de la victoria, era el astro de la fatalidad, la antorcha siniestra que debía dar sus luces sobre el anfiteatro de aquella lucha gigante, alumbrando un cadáver herido en el corazón.

Comenzaba á declinar el día, cuando gruesas columnas enemigas bajaban por el cerro de San Juan como una vertiente que se sorbía en los fosos y caminos cubiertos.

El reflejo de las bayonetas que salían en los puntos de las paralelas, marcaba perfectamente la multitud de soldados que se agrupaban pralongándose en el camino de zapa, que estaba á treinta varas de los baluartes, y casi á las contra-escarpas de los fosos.

La una y minutos de la tarde serían cuando el huracán se hizo sentir con sus ochenta bocas de fuego: la Penitenciaría tiembla y se estremece al duro y constante choque de los proyectiles; las bombas caen sin cesar dentro de los patios de la fortaleza, las brechas están todas listas y practicadas, y sin embargo, el fuego sigue, y sigue sin interrupción.

No era aquello un lujo de ciencia militar, era cobardía escondiéndose tras de la táctica; dudaban aún de su victoria.

La vista que presentan los muros de la Penitenciaría es verdaderamente aterrador: una cascada de escombros, un torrente de piedras, ladrillos y tierra se desprende desde lo alto de las almenas, donde no obstante aquellos efectos de tan terrible estrago, se puede percibir el constante fuego de rifle que dirigen los valientes de Nuevo León.

Como para dar un aspecto más imponente, sopla en aquellos instantes un viento fuerte del Sur, y los patios y corredores de San Javier se cubren de polvo, así como los soldados que defienden el punto.

Son las tres y media de la tarde, el fuego cesa de súbito: hay un momento de silencio en el que no se oye más que el aire que azota y arroja torbellinos de tierra que arranca de las abiertas brechas.

En el patio interior de la Penitenciaría, los cuatro jefes defensores de aquel reducto, los cuatro tenientes coroneles á quienes estaba encomendada la defensa se estrechan en un ardiente y fraternal abrazo de despedida; el llanto corre por sus mejillas, lágrimas que el entusiasmo arranca á la juventud y al patriotismo.

Sepáranse prometiendo buscarse en el peligro, arengan á sus tropas, y los soldados responden con aclamaciones y vivas de júbilo ante el aspecto sereno del valor y la grandeza!

III.

El silencio del campamento francés se interrumpe por el estallido de una bomba: aquello era una señal.

Los soldados embrazan las armas y el movimiento se nota dentro de los caminos cubiertos.

Pasan algunos minutos, y la segunda bomba atruena el espacio con su detonación.

Un torrente de soldados comienza á salir de los caminos y de las paralelas; pero todos en silencio y avanzando á paso veloz.

Una tercera bomba da por fin la última y fatal señal, y un grito de guerra desprendido de aquella masa de diez mil combatientes, se deja oír como el eco del infierno en la hora de la destrucción humana.

En medio de los hurras y vivas á la Francia, agitaban el pabellón desgarrado de Magenta y Solferino, que cayó en los fosos de Guadalupe el 5 de Mayo y fué recogido heroicamente por los hijos de la Francia.

Los zuavos van á vanguardia, ellos son siempre los soldados de brecha. Los siguen los regimientos de Vicennes, los cazadores, los veteranos del 99 y otros batallones de línea.

Como huracán atraviesan los fosos, y plantan sobre las ruinas que llegan hasta las escarpas, la bandera de Francia.

La plaza del fuerte de San Javier donde tanto se ha combatido y donde tantos mexicanos han muerto por la patria, está ya en poder de las infanterías francesas.

Los zuavos siguen penetrando llevando siempre su estandarte rojo que les sirve de guía, y el clarín marca sin cesar paso de ataque.

Hasta ese momento los soldados que marchan al asalto no han tenido pérdida alguna, y creen por un momento, que el fuerte está desierto y abandonado; llegan por fin al segundo patio y siguen avanzando, pero lentamente.

El patio donde llegan los zuavos es extenso lleno también de escombros, pues los proyectiles han penetrado hasta aquel sitio para ampliar suficientemente la brecha.

Al frente de los soldados que llegan hay un corredor algo derruido y cubiertos en parte sus arcos de altas bardas de tabique.

Detrás de las columnas está oculto un sargento de artillería, su rostro está pálido y su mirada conserva la serenidad; tiene en su mano el extremo de una cuerda que se pierde en el escombro; es el hilo conductor de una de las minas establecidas en el centro del patio.

Detrás de otra columna y á veinte pasos del sargento está un jefe de ingenieros, su mirada es inquieta, pero en su actitud se nota la resolución, firme y enérgica, tiene asida una cuerda que conduce á otra mina más terrible aún; el jefe se llama Sánchez Ochoa.

Los franceses penetran al sitio fatal, se escuchan sus pasos, se perciben distantemente sus voces, se oye el ruido de sus armas.

El sargento mexicano se agita y fija sus ojos en el ingeniero, que permanece en acecho esperando que se reúna más número de soldados sobre las minas.

Una turba de zuavos engrosa las filas de sus compañeros, el momento oportuno había llegado.

De súbito se oyó la voz terrible de "¡fuego!" y de aquel patio, como una erupción volcánica, se desprenden grandes trozos de piedras y vuelan los soldados al impulso formidable de la pólvora; la explosión es producida por más de tres quintales y de siete á ocho bombas de catorce pulgadas.

La ciudad toda se estremece al impulso de tan horrible explosión; por el aire se ven elevarse y descender rápidamente pedazos de formas de cadáveres y armas despedazadas.

El patio lleno de polvo y de escombros ya no contiene un solo soldado.

Smith llega con los restos de Guanajuato, da un estrecho abrazo á Sánchez Ochoa, y le dice lleno de entusiasmo: "compañero aquí estoy con mis soldados, ahora que vengan."

Un alférez llamado Carlos Campa coloca bajo los arcos los cañones y esperan de nuevo con las infanterías de Morelia y Guanajuato la llegada del enemigo que se extiende y posesiona de todo el edificio, librando combates donde quiera y derramando su sangre con profusión.

En el patio de la derecha de la Penitenciaría, se traba un combate con el 2.º de Guanajuato á las órdenes de Rosado, que sostiene con indecible heroísmo.

Emilio Rodríguez cae prisionero con los zapadores, y la lucha continúa con ardor y sin descanso.

IV.

Una columna francesa avanza por el centro de la Alameda frente á la plaza de toros, y otra por el flanco derecho del frente de San Javier, y ambas parecen cerrar la entrada de la Penitenciaría con más de seis mil hombres; pero el general Negrete las recibe con sus reservas. Ghilardi atravieza con las fuerzas de Zacatecas desprendidas del Carmen la llanura que se interpone por la izquierda hasta cerca del pueblo de Santiago.

Carlos Zalazar con el batallón de rifleros, se acerca atrevido por la derecha hasta el foso del fuerte.

Tres batallones de Puebla también á pecho descubierto, al mando de Prieto y Negrete, reforzaron la línea y entraron en batalla con el enemigo.

Por la parte de la Alameda los batallones de Puebla y Reforma, rompen sus fuegos; pero la columna francesa hace un movimiento, cambiando su formación en batalla, y descarga sus armas contra las fuerzas de Río-seco.

En medio del combate se oyen multitud de gritos: "parque falta, el parque, no hay parque" entónces Río-seco se avanza á la línea y dice: "soldados, es cierto que no hay parque, pero tenéis ballonetes y aquí está la bandera de la patria y firme vuestro coronel."

Este ejemplo de valor sostuvo la moral de los soldados hasta la llegada de los petrechos.

V.

Después de la sorpresa y el terror producidos por las minas, el asalto torna con más vigor en la Penitenciaría; las columnas han sido reforzadas y nuevos y valerosos franceses emprenden de nuevo el combate sangriento.

Oyese la voz de Smith, Ochoa, Montesinos y Rosado que no cesan de animar á sus soldados; suena el clarín y la sangre torna á manchar los escombros del edificio.

De una parte elevada de la Penitenciaría arrojan granadas de mano los mexicanos, la pelea dura más de una hora y los franceses han penetrado en el patio donde Montesinos los aguarda á la bayoneta con el 6.º de Guanajuato que se mezcla en una carnicería espantosa con el enemigo.

La sangre corre por los caños del patio, las baldosas están cubiertas de cadáveres, ¡fatal combate!... ¡terrible lucha!... ¡espantosa desolación!

En la parte alta de la Penitenciaría hay varias compañías de Morelia y Puebla que hacen un fuego nutrido sobre zuavos y cazadores de Vincenes.

Cirilo Castillo manda los fuegos de los corredores con un entusiasmo grande y un valor á toda prueba.

Octavio Rosado cae prisionero con la mayor parte de sus oficiales y soldados; pero salvando su bandera.

El fuerte ha sido tomado en su mayor parte por los franceses, pero la lucha continúa, sí, continúa pero sin esperanza, entonces hay un postrero y sangriento combate en la puerta del fuerte que está defendida por Sánchez Ochoa, con un obús de montaña: á su lado está Campa que muere á los primeros tiros y Hernández que vuelve á ser herido.

Los ingenieros sirven la pieza y caen agonizantes bajo la cureña.

En esos momentos se reunen Smith y Montesinos á Ochoa con los restos de sus batallones, hay un momento de entusiasmo, la última chispa de la hoguera que se extinguía, oyense los gritos de los jefes: "¡Viva México!" ¡Mueran los franceses!" á este grito de guerra responden los disparos del enemigo y se renueva de una manera desesperada la lucha y el encarnizamiento.

Los jefes se disputan el honor de llevar la bandera y todos se lanzan á la arena y penetran de nuevo al interior de la Penitenciaría.

Al pasar los mexicanos por la puerta del fuerte, y cuando ya estaba todo perdido, se presentó un cuadro verdaderamente grande y heróico: la bandera del 6.º batallón se estaba perdiendo y ya los zuavos tenían parte de su gaza, cuando el comandante de Batallón Manuel Alvarez se lanza con un puñado de soldados en compañía de los oficiales Juan Topete y Agustín Alvarez, cruzan sus bayonetas con las de los zuavos y rescatan entre un mar de sangre y de matanza aquella insignia sagrada símbolo augusto de nuestra independencia.

Manuel Alvarez y Topete están agonizantes sobre la arena.

Una nueva columna de reserva refuerza al enemigo, que arrolla por completo á aquellos heróicos soldados que tan valientemente habían defendido la Penitenciaría, poniendo muy alto el honor nacional.

Perdiendo palmo á palmo el terreno, dejando un reguero de cadáveres y cubriendo con sus cuerpos el estandarte de la patria, salieron de la Penitenciaría en número de quinientos los restos ametrallados de los defensores y se refugiaron tras de la próxima línea que comenzaba á disparar sobre el enemigo.

Caía la noche cuando las legiones francesas tomaban completamente posesión del fuerte de San Javier.

Envalentonado el ejército invasor con una victoria tan cara, creyó desmoralizado á su adversario, y creyendo oportuno el momento para sorprender la segunda línea, dispuso un asalto con tropas de refresco; entonces aquella segunda línea descarga á metralla sus obuses y la fusilería nutrida destroza al enemigo, que altanero se arroja sobre los parapetos.

Negrete, lleno de desesperación, se avanza con la rapidez del rayo por uno de los flancos, y los invasores retroceden ametrallados, dejando multitud de víctimas como el pregón del escarmiento sobre aquel suelo ensangrentado.

Los zuavos abandonan la Alameda y la plazuela de Guadalupe, para refugiarse en su campo y el reducto tomado.

A las dos horas hicieron otra intentona formidable; pero aquella fortificación, con sus bocas de fuego, los alejó despavoridos después de las impresiones espantosas del día.

El fuego duró hasta media noche, en que pareció que el ejército francés había perdido la esperanza de sorprender á los republicanos después de su victoria sobre el reducto de San Javier.

Así concluyó la jornada más sangrienta que se registra en los anales del sitio de 863.

Siete mil hombres de ambos ejércitos habían sucumbido.

IV.

Al día siguiente, 30 de Marzo, en el parte dado por el General en jefe al Ministro de la Guerra, comunicaba la gloriosa defensa de la Penitenciaría y la pérdida después de una resistencia heróica.

En la orden general del día, el cuartel-maestre citaba los nombres de los jefes y batallones que habían concurrido á la defensa y anunciaba al ejército de Oriente, y á la nación entera que los cuatro jóvenes valientes, héroes de esta sublime epopeya, eran premiados por la república con las bandas de coronales.

Sánchez Ochoa, Smith, Rosado y Montesinos han dejado sus nombres sobre aquellas paredes ennegrecidas por el fuego, y desde entonces son saludados en los días espléndidos de los recuerdos patrios.